

El cuerpo de las mujeres y los hombres desplazados. Notas para una llamada teológica

CARMIÑA NAVIA V.*

RESUMEN



El texto aborda la problemática del desplazamiento, desde distintos puntos de vista; hace énfasis en que se trata de un fenómeno muy generalizado en el mundo de hoy, e igualmente mira los efectos psicológicos y culturales que éste tiene sobre personas y comunidades.

Propone después un acercamiento bíblico/teológico al análisis del problema y al acompañamiento a las víctimas. La propuesta central va desde el mirar/asumir el problema nacional, hacia una motivación y acompañamiento en el regreso, como la mejor opción ante esta realidad.

Palabras clave: Desplazamiento, tierra, mirada, acogida, arraigo/ desarraigo.

Abstract

The text deals with the problem of forced displacement from different angles; it emphasizes it's generalized fact in today's world and at the same time looks into the psychological and

* Licenciatura en Letras, Universidad del Valle. Maestría en Lingüística, Universidad del Valle. Maestría en Teología, Pontificia Universidad Javeriana. Profesora de la Universidad del Valle, Escuela de Estudios Literarios. Colaboradora en varios periódicos y revistas nacionales e internacionales. Directora del Centro Cultural Popular Meléndez, ONG de carácter popular de Cali. Áreas de investigación, especialización e interés (fortalezas): estudios de género, sociocrítica, literatura escrita por mujeres, hermeneútica femenina, teología femenina. Correo electrónico: cnaviav@emcali.net.co

cultural effects that it has on persons and communities. The central proposal goes from watching/assuming the national problem to a motivation and companionship in the return, as the best option in face of this reality.

Key words: *Displacement, earth, watching, asylum, settledness/unsettledness.*

*Úrsula replicó con una suave firmeza:
Si es necesario que yo me muera
para que se queden aquí,
me muero...*

García Márquez, *Cien Años de Soledad*

Abordar el problema del desplazamiento es enfrentarse con una realidad de múltiples rostros y caminos diversos. Los y las desplazadas en el mundo de hoy son cada día más. La sociedad fragmentada y posmoderna, supuestamente globalizada, genera en su interior, como un monstruo de mil cabezas, continuos y agudos desplazamientos, de tal forma que cualquier definición sobre esta realidad tiende a resultar incompleta y parcial.

En general podemos decir que una inmensa mayoría de hombres y mujeres en el siglo XXI sufrimos algún tipo de desplazamiento: somos desplazados o desplazadas de una lógica económica del *mayor productor*; somos desplazados o desplazadas de regímenes políticos que se defienden en lugar de servir; somos desplazados o desplazadas de órdenes simbólicos cuyos paradigmas referenciales son de exclusión y/o dominación; somos desplazados y desplazadas de estructuras eclesiales y religiosas que condenan y expulsan en lugar de acoger. El desplazamiento es, pues, una realidad que permea nuestra vida individual y colectiva.

Es indudable, sin embargo, que esta situación es vivida de múltiples maneras según las situaciones individuales o colectivas en que nos encontremos. En este texto no vamos a reflexionar sobre todo tipo de desplazamientos, entre otras cosas porque la reflexión resultaría interminable. Vamos a centrarnos, por el contrario, en la particular tragedia que vive Colombia, en sus millones de desplazados y desplazadas que padecen esta condición por

causa de la guerra que vive el país y/o de sus condiciones de injusticia económica.

A partir de la lectura parcial de esta realidad de desplazamientos, centrándonos especialmente en lo que ella significa de no-vida, para quienes la padecen en su carne y en su cotidianidad, veremos teológicamente qué nos es dado decir, respecto de la presencia de Dios y del misterio en medio de estos avatares y dolores... Porque partimos de la convicción de que esta afirmación de Bruno Forte es necesario actualizarla:

Puesto que Dios, es *Dios vivo* y su amor es para siempre, el acto de su libre llamada al ser de las criaturas por puro amor se realiza de forma siempre nueva en cada instante de su existir: el acontecimiento del ser como acontecimiento del amor creador es inseparablemente acontecimiento de la providencia. El universo creado de la nada por Dios, es preservado incesantemente de la nada por él en el acto continuo y siempre nuevo de la donación original, que es el acto de ser, la creación continua. (Forte, 1995)

Por supuesto nos interesa revivir la condena bíblica de la violencia, que supone expulsar a otros de su tierra o su vida, pero nos interesa particularmente descubrir cómo y por qué medios... Esa *potencia creadora de vida* se actualiza en nuestro país y en nuestras sociedades hoy, en los grupos de los desplazados y desplazadas. Queremos mirar los caminos por los que la fe nos puede ayudar a *restaurar el cuerpo* de hombres y mujeres arrinconado por los movimientos desplazadores en el mundo actual y en Colombia hoy.

La reflexión teológica sobre realidades particulares hace parte de las búsquedas teológicas recientes y es absolutamente imprescindible a la hora de comprender el reto que supone para nuestra fe, la cambiante y tantas veces desconcertante realidad en que vivimos. La teología académica en muchas ocasiones no se refiere a las realidades concretas en que nos movemos los hombres y mujeres, y ello hace que permanezca al margen de la vida, el dolor y la alegría cotidianos....

Decir que la teología es una ciencia histórica, significa en primer término que está referida a sucesos singulares e históricos de salvación, y que está referida a ellos permanentemente. La relación salvadora del hombre con estos sucesos, la simultaneidad con ellos ciertamente no viene constituida por la teología, sino por el kerygma y la fe... Lo histórico no es sólo punto de partida para una teología deductiva, como se pensaba en la Edad Media, sino que es su objeto mismo. Y ello implica también que es esencial para la teología *su relación con el futuro*. Pues lo histórico de que aquí se trata, tiene esencialmente carácter de promesa, y así, fuera de esta relación, no puede ser entendido realmente. Porque todo suceso salvífico es así promesa que despierta la esperanza... (Rahner, 1975)

Esta reflexión teológica, sobre una de las realidades más aplastantes y duras de la nación, aspira a iluminar nuestro compromiso de creyentes con esos cuerpos y rostros concretos de mujeres y hombres, víctimas de la dinámica del mal, comprendidos siempre –como un reto– en un tránsito exodal hacia la vida. Es importante tomar conciencia de que cuando Jesús de Nazaret anuncia a Dios está siempre refiriéndose a un Dios que hace *opción encarnada* por los más débiles. No podemos admitir entonces que la invocación o el llamado a Dios *justifique* cualquier cosa, cualquier proceso, cualquier realidad, como tantas veces ocurre.

DESPLAZAMIENTOS

Colombia, una historia de desplazamientos

Si leemos y *escuchamos* la historia de Colombia, desde esta óptica, comprendemos fácilmente que nuestra historia es una historia de desplazamientos continuos. La llegada del hombre blanco a nuestro territorio fue un proceso de desplazamientos violentos: los habitantes aborígenes de esta tierra fueron arrinconados por la superioridad militar de los españoles, en las montañas más altas y lejanas, en los territorios más áridos y remotos: las selvas, los llanos, los desiertos, los páramos... Ese desplazamiento fue el recurso con el cual las familias indígenas salvaron no sólo sus vidas, sino que mantuvieron y protegieron sus culturas; porque el carácter de este primer desplazamiento en el país, fue arrasador, avasallador... negador total del otro, del diferente.

A partir de aquí la *tarea civilizadora* emprendida en nuestro territorio instauró institucionalmente un mapa y una dinámica desplazatoria. *El reino* concentró su vida, sus instituciones, su cultura, sus recursos en la altiplanicie bogotana y en los valles del Aburrá y del Cauca, así como en las riberas del Magdalena o en los puertos de entrada al territorio nacional. Relegó así al olvido y a la marginación extensiones enteras como los llanos, las selvas, la Guajira... La literatura nacional da un permanente testimonio de ello.¹ Estas poblaciones periféricas fueron desplazadas del reparto de la riqueza na-

1. Textos, novelas y relatos como: *Los Emigrados*, de Evangelista Correa de Rincón Soler; *Un Asilo en la Guajira*, de Priscila Herrera de Núñez; *La Vorágine*, de José Eustasio Rivera; *Los trabajadores de tierra caliente*, de Medardo Rivas, dan cuenta a nivel discursivo de la construcción de estas identidades desplazadas del centro nacional.

cional e igualmente fueron desplazadas de los ámbitos de toma de decisiones y de los avances de la modernidad. De esta manera *el desplazamiento*, como realidad que nos habita, hace parte de nuestro inconsciente colectivo, de nuestra historia más antigua y por eso mismo tal vez no lo miramos ni escuchamos suficientemente en toda su gravedad.

Posteriormente, el siglo XX fue uno de continuos y repetidos desplazamientos en Colombia. Rafael Rueda Bedoya (2001) nos habla de tres olas de procesos de desplazamiento: la primera estaría constituida por quienes se mueven y expanden en el territorio nacional como consecuencia directa de la Guerra de los Mil Días. La segunda estaría integrada por las víctimas de la violencia bipartidista de mediados de siglo. La tercera la forman los desplazados y desplazadas de la guerra actual. Estas oleadas pueden confirmarse muy claramente en los procesos poblacionales de nuestras ciudades, las cuales se van formando por sucesivos anillos de desplazadas y desplazados que se asientan en espacios cada vez más marginados y lejanos del centro urbano. Como podemos ver, entonces, el fenómeno del desplazamiento forzado es un fenómeno muy frecuente en nuestra historia política y económica.

Con ello queremos decir que la mirada que tenemos que realizar a este fenómeno tiene que ser una que intente dar cuenta de su complejidad y de los múltiples rostros que presenta. Porque una simplificación en los planteamientos puede llevarnos a conclusiones erradas respecto de las respuestas y salidas que le demos.

La globalización, una multitud de desplazados

Como acabamos de decir, el desplazamiento es una realidad de rostros múltiples y aunque una mayoría aplastante de desplazados y desplazadas hoy en el país lo son por causa de la confrontación armada, no podemos ignorar el peso que la penuria económica tiene en esta realidad. La dinámica de la llamada globalización y el neoliberalismo que la sustenta producen en los países periféricos crisis económicas continuas y cada vez más agudas que hacen que las poblaciones económicamente débiles se trasladen constantemente de un lugar a otro, para buscar mejores alternativas de subsistencia. El éxodo masivo que viven los habitantes de los países de la región andina hacia España, otros países de Europa o hacia el Caribe y Norteamérica, es una expresión del más auténtico y cruel desplazamiento. Se trata de un exi-

lio forzado y además no “glorioso”, como el que se vive cuando la persecución de la que se es víctima es política y no económica.

En este sentido es necesario tener en cuenta lo planteado por Renan Vega Cantor (2001):

38

Pese al indudable papel que la guerra y los conflictos armados desempeñan como generadores de desplazamientos, desarraigo y exilio, el análisis no se puede reducir a este tipo de acciones, porque eso significa desconocer otros aspectos cada vez más importantes en el mundo contemporáneo y que causan tantas desgracias, sí no más, como la guerra y los conflictos armados y que se constituyen en ocasiones, en el fermento de los enfrentamientos militares. Nos referimos a las políticas económicas, conscientemente adoptadas por la mayor parte de los gobiernos del mundo en la última década y que se conocen con la elegante denominación de planes de ajuste estructural. Es indudable que esos planes de ajuste son la causa principal de *migración forzada* en todo el mundo.

Es necesario insistir en que inclusive la guerra que padecemos es muchas veces el resultado de la focalización de los intereses económicos en determinadas regiones del país. Los actores armados se disputan territorios como una forma de continuar controlando recursos que van desde el agua hasta la droga, pasando por las vías de comunicación y las especies y riquezas naturales. En este sentido, lógicas globales y económicas más amplias agudizan el enfrentamiento armado que trae como consecuencia la desposesión y el desplazamiento de la población civil. Igualmente los y las colombianas muchas veces no sólo deben abandonar su parcela, sino también su país, en busca del sustento:

Hoy en Colombia, como en el resto del mundo, el desplazamiento es uno de los fenómenos más amenazantes, que hace presa de poblaciones enteras, que sufren en carne propia los cambios y reajustes de la maquinaria capitalista en el horizonte de las políticas neoliberales. Sin duda el éxodo de miles de colombianos desarraigados de sus terruños por la guerra establecida, forzados a convertirse en extranjeros en su propio país para salvarse y reconstruir sus vidas lejos de la barbarie de los ejércitos en combate y del control autoritario del gobierno, es uno de los efectos más contundentes de las nuevas prácticas de poder que recaen sobre la población del territorio colombiano. En Colombia, efectivamente, el drama del desplazamiento forzado, orquestado por grupos de diferente signo político y una creciente delincuencia organizada en torno al tráfico de drogas, está inscrito en una estrategia mundial que viene agenciando gigantescos proyectos que requieren para su implementación del genocidio y devastación de inmensas zonas del planeta. (López, inédito)

El desplazamiento actual, la guerra, la violencia política. El tejido social pulverizado

Para centrar la reflexión en el hoy y el mañana de nuestro país es necesario focalizar la mirada en los cerca de tres millones de desplazados que hay en Colombia, de los cuales del 74 al 80% son mujeres. El 98,9% de estos desplazados y desplazadas lo son por causa del conflicto armado. *De cada cien mujeres desplazadas, 57 señalan como motivo los atentados y las amenazas, 27 la violencia y el miedo, 9 el asesinato y la desaparición forzada, los bombardeos y combates y 3 la amenaza de reclutamiento de sus hijos* (Ecomujer, plegable). Este fenómeno no tiende a disminuir; por el contrario, es creciente y lo será mientras la guerra se agudice. Además, no se vislumbra en el horizonte ninguna perspectiva de mejoramiento de la condición de esta población que hoy deambula por las calles y recovecos de las ciudades colombianas.

En nuestra escucha hemos de tener en cuenta, no sólo la catástrofe económica que esto supone para las familias mismas y para el país en general, sino el trauma social y las consecuencias que de él se derivan. Lo multifacético de esta realidad tiene que estar presente en la base de cualquier tarea que se quiera emprender. No es posible abordar el futuro sin intentar descender a las profundidades de estas dinámicas: en los procesos de desplazamiento, las comunidades, las familias y las personalidades individuales son desestructuradas por el golpe violento que reciben.

En tal sentido, me parece importante señalar algunas características del proceso psicológico de los desplazados y desplazadas:

1. Ocurre una disociación ideo-afectiva que imposibilita la elaboración del duelo por el sinnúmero de pérdidas, al mismo tiempo que se establece una confusión psíquica.
2. Posteriormente la víctima permanece suspendida en una situación de embotamiento o parálisis de reacción, que va asociada a un deterioro grave de la autoestima y a la aparición de la desconfianza.
3. La suma de todo lo anterior lleva a la pérdida de la mismidad, a la desorganización como individuo y como parte reconstituyente de una red social particular. *Lo pierde todo e incluso comienza a perderse a sí mismo.*

4. El desplazamiento es experimentado por el sujeto como una parálisis de la existencia, que se pone de manifiesto en los sentimientos de soledad, en los síntomas y signos de enfermedad mental, *en la carencia de proyecto vital*, en la incomunicación, en la infelicidad, en el ostracismo. (Castro y García, 2001)

Este mismo proceso de quiebre psicológico se vive en nivel social y comunitario. Las comunidades son sometidas a una continua presión que las va aniquilando y las mina en su fuerza vital:

Los grupos armados sin distinción alguno, pretenden someter a las poblaciones locales de los territorios que controlan militarmente por patronaje o a la fuerza. Para lograr su cometido hacen trabajos de inteligencia, penetran o crean organizaciones y hacen proselitismo. Se forman así verdaderas y complejas redes de militantes, activistas, simpatizantes, colaboradores y delatores que desintegran y enfrentan entre sí a la población....

En los territorios en disputa la atomización es mayor y tiene un costo más alto. La estrategia de los actores armados es crear confusión y desconfianza entre los vecinos que habían formado una comunidad a través de los años, de muchas generaciones y del compartir situaciones adversas o felices. Al generar terror y sospecha no sólo *destruye las redes de solidaridad, sino que quiebran la confianza del individuo y la familia en los otros* y, además, los hacen reticentes a formas de trabajo colectivo posterior.

Las simpatías y filiaciones de las comunidades también son disputadas, pues de ello depende el apoyo a los proyectos e intereses que encarnan los actores armados, de tal forma que sus diferencias o similitudes las convierte en comunidades amigas o enemigas. La configuración de las poblaciones como aliadas, simpatizantes o bases de apoyo, las coloca a la fuerza como parte del conflicto... (Ayala, Cuartas y Cerreño, 2002)

Con la tierra y el asentamiento se pierde el sentido de la vida, se pierde la posibilidad del trabajo, se pierde la unidad familiar y por supuesto se pierde el camino no sólo de la dignidad, sino de la identidad. El desplazamiento es además un proceso que vulnera y quiebra los derechos fundamentales: vivienda, educación, salud, trabajo... Quizás lo más grave de todo, el desplazamiento –como cualquier trauma social– mina el deseo de vivir y la pulsión hacia adelante que permite la lucha contra la adversidad. Las comunidades entonces quedan en situación de máxima vulnerabilidad y son fácilmente presas de intereses contrarios.

A la mujer y al hombre a quienes se han desplazado, les ha sido robado su centro vital:

Hay que decir, pues, cómo habitamos nuestro espacio vital de acuerdo con todas las dialécticas de la vida, cómo nos enraizamos, de día en día, en un *rincón del mundo*.

Porque la casa es nuestro rincón del mundo. Es -se ha dicho con frecuencia- nuestro primer universo. Es realmente un cosmos. Un cosmos en toda la acepción del término (... el espacio habitado: *el no yo, que protege al yo...*) (Bachelard, 1965)

Nuestra mirada y lectura teológica, entonces, debe atender a la diversidad y complejidad de estos aspectos y no sólo a la realidad política y económica del fenómeno. Porque toda esta complejidad, ha de estar presente en lo que podríamos llamar *la dinámica exodal* de esta realidad de muerte.

ESCUCHAS Y MIRADAS TEOLÓGICAS

¿Desde dónde vamos a elaborar una reflexión teológica que nos ayude a comprender este fenómeno desde el *hablar de Dios* en él? ¿Qué podríamos decir que trascienda el nivel de una condena obvia, a la luz tanto de la tradición bíblica como de documentos eclesiales y/o de la misma herencia teológica? La teología se queda la mayor parte de los veces en el abstracto de los fenómenos, los hechos y los seres... Y situaciones en las que descubrimos víctimas muy concretas requieren definitivamente una palabra realmente encarnada que es necesario elaborar cada vez.

Mi propuesta se centra en realizar la reflexión sobre el paso de Dios por esta situación de muerte, a partir de algunas palabras que carguen con su potencia liberadora nuestra relación con las desplazadas y desplazados, y potencialice a su vez su propia experiencia para ellos y ellas: *mirar, acompañar, gestar, alumbrar*. Vamos a ver cómo estos verbos nos sitúan en un camino que puede guiarnos de la muerte a la vida y por tanto puede descubrirnos el advenimiento de la realidad y la potencia divina en esta oscuridad.

Mirar, para acoger y condenar

*Yace solitaria la ciudad populosa
Como una viuda se ha quedado
la grande entre las naciones
(...) Lloro que llora por la noche,
las lágrimas surcan sus mejillas.*

*Ni uno hay que la consuele
 entre todos sus amantes.
 Todos sus amigos la han traicionado,
 se le han trocado en enemigos.
 (...) Las calzadas de Sión están de luto,
 que nadie viene a las solemnidades
 Todas sus puertas están desoladas.
 (...) Jerusalén recuerda
 sus días de miseria y vida errante (...)
 cuando a manos de sus adversarios sucumbía su pueblo...
 (...) El pueblo entero gime
 buscando pan;
 dan sus tesoros a cambio de alimento...
 (Lamentaciones 1, 1-11)*

La invitación es a releer despacio estos hermosos poemas que constituyen las llamadas "Lamentaciones" en la Biblia. Son poemas de dolor ante una realidad de pérdida, ante una realidad de despojo vivida por el pueblo de Israel en la sexta centuria antes de Cristo. Cuando el pueblo es llevado lejos de sus tierras, cuando su transcurrir de vida le ha sido arrebatado, sus poetas expresan su dolor en estos cantos que constituyen un auténtico *de profundis* comunitario y nacional. El texto de las Lamentaciones muestra en primera instancia el dolor y la sin salida que supuso el proceso mismo del despojo. El dolor, al cantarse se metaforiza en Jerusalén, pero expresa y recoge muy bien la angustia y la herida de los cuerpos de hombres y mujeres atropellados: el hambre, la soledad, el miedo, el cansancio de los pies y las piernas... Es decir, el texto hace memoria de los cuerpos quebrados, quebrantados.

Y el texto, los poemas, nos invitan sobre todo a *mirar*. Las imágenes pretenden aprisionar la realidad ante los ojos mismos de los protagonistas y ante los ojos de aquellos y aquellas que se acercan a contemplar este destino. Se trata de una invitación a mirar lo concreto, lo cotidiano... Las Lamentaciones convocan los dolores reales y llaman y evocan a Dios, al tiempo que piden la condena de los responsables; condena que las voces proféticas repiten una y otra vez; condena que apunta certeramente a desenmascarar a los responsables, internos y externos, del desastre. Pero el primer movimiento y quizás el más importante de las Lamentaciones, es el de *recrear poéticamente* el dolor, llamándonos a mirarlo. Ante las situaciones extremas

de muerte (y la catástrofe de nuestro desplazamiento lo es) hay una tendencia a *voltear* el rostro, a desviar la mirada.

Una práctica corriente es negar nuestra mirada o entregarla sólo superficialmente:

Podemos abusar tanto de nuestra capacidad de mirar a medias, que realmente *medio miramos*, sin estar nunca donde estamos del todo: la fiesta se convierte en un ruido de fondo, las conversaciones un ronroneo que nos indica que no estamos totalmente solos, aunque tampoco totalmente integrados... (Catalán, s/f.)

Este tipo de mirada mina la autoestima y hiere antes que posibilitar procesos de sanación. Este tipo de mirada niega la densidad de lo mirado.

No es posible olvidar que en esta realidad *el Dios crucificado* nos llama y desde ella nos interpela...

Frente a la pasión del hombre, no parece sensata una teología cualquiera, dispuesta a fáciles conciliaciones ideales, sino precisamente aquella teología crucificada, narrativa y contemplativa de la cruz, que respeta el éxodo del dolor del hombre y el advenio de Dios en la profundidad del sufrimiento (...) realmente si queremos saber quién es Dios, tenemos que arrodillarnos al pie de la cruz. (Forte, 1990)

La contemplación de la cruz, en este sentido –el sentido de los bellos poemas que conocemos como “Lamentaciones”– es una convocatoria a la condena de esa cruz, no a su adoración... Es un llamado a enfrentarnos con la densidad de esos cuerpos heridos, para buscar una salida a ese dolor concreto. En la contemplación de la cruz se hace imposible la *abstracción* del sufrimiento.

Nuestros desplazados se ocultan: las cifras se escamotean. Después de un tiempo corto, se considera que ya no lo son porque se integran a la vida de las ciudades... En esa *supuesta integración* la memoria se pierde y con ella la potencia de recrear vívidamente un camino de angustia y sufrimiento, para salir de él, desde su hondura misma y con la densidad y complejidad que sólo esa hondura puede dar.

Es necesario tener presente que el psicoanálisis nos ha enseñado que *la mirada* (deseante o rechazante), nos constituye como sujetos o nos niega:

Ser explorado por la mirada es una experiencia que nos puede llegar a inquietar y llenar de desasosiego cuando no nos consideramos anónimos objetos del paisaje, intercambiables con cualquier otro objeto que se expusiera a la mirada del observador, sin más detenimiento e interés que el del puro pasear indiferente la

vista de un lado a otro que tanto da que seamos nosotros como cualquier otro objeto. (Catalán, s/f.)

Por ello es tan importante y necesaria una mirada amorosa, que permita –a quien se sienta mirado– sentirse amable, sentirse sujeto del deseo de otros o de otras.

Para nosotros, cristianas y cristianos, la invitación a la mirada es entonces la invitación a acoger una realidad en toda su dramática dimensión, recrearla, hacerla presente en nuestras vidas, detenernos en ella empapándonos de su dolor: se trata de una mirada integradora que permita el amor. Nuestra mirada detenida en los cuerpos de desplazadas y desplazados es una prueba concreta de nuestro amor y ese amor ayudará a que ellos y ellas se acepten y se amen a sí mismos.

Sólo la contemplación aceptada y consciente del cuerpo enfermo nos llevará a descubrir las causas de esa enfermedad; pero igualmente nos llevará a buscar las medidas necesarias para la sanación. De la misma forma en que la continua entonación de las Lamentaciones, lleva al pueblo hebreo a la búsqueda de su reconstrucción, la mirada política a estos cuerpos enfermos por el desplazamiento nos ha de llevar a la propuesta de una nueva forma de organizar el mundo: una forma más cercana a la *compasión*, que es en últimas lo que buscan despertar estos cantos... Podemos decir con Rafael Díaz Salazar (1998):

Es necesaria una *feminización* de la política y de la vida social que, por supuesto, va mucho más allá de la presencia física de mujeres en puestos de responsabilidad y que requiere que las propias mujeres elaboren una nueva cultura teórica y práctica diferente a la masculina dominante.

Esta afirmación supone en su punto de partida la convicción de que la mujer es más capaz, por su historia y condición, de acercarse con el cuerpo al cuerpo enfermo de los otros y otras. La mirada de la mujer está acostumbrada a convertirse en *solución práctica* y por supuesto también en *com-pasión*. La condena moral y/o teológica ante el sufrimiento claramente causado por lógicas económicas o políticas no puede agotarse en la declaratoria de *pecado*, y tampoco en la solidaridad impotente. Por el contrario, es necesario trascender esa declaratoria para proponer actitudes éticas o morales que lleven los destinos políticos por caminos distintos.

Como bien dice Ivone Gevara (2002):

Me atrevería a decir que nosotras las mujeres, aún respetando el sentido de la expresión Reino de Dios que resume el ministerio de Jesús, no anunciamos ningún Reino. Y esto porque incluso la noción de Reino de Dios en ocasiones parece conservar un rostro demasiado jerarquizado y masculino. *Simplemente proclamamos el deseo profundo y la necesidad urgente de conseguir que nuestro cuerpo individual y colectivo sea debidamente respetado.* Soñamos con una justicia tierna; aspiramos a la democracia y al respeto de la res pública. Nuestra teología pretende ser una teología de la gratuidad, una gratuidad que va más allá de los discurso racionalistas, que los rehuye, que no se deja aprisionar por determinados conceptos.

Una gratuidad que nace de una mirada amorosa, acariciante. Hacemos entonces una invitación a una mirada que recree, *¡para resucitar!*

Es necesario insistir en que cualquier dinámica que pretenda *sanar o liberar* a las víctimas concretas del desplazamiento debe iniciarse con una mirada: una mirada reconocedora y deseante, que sea de amor y acogida hacia las víctimas y de rechazo hacia el victimario, similar a la que registran los Evangelios en Jesús ante ciertas situaciones de enfermedad y sufrimiento. Es una mirada recuperadora del dolor pero que lo trasciende para poder ver en él la trascendencia vital que nos invita a recrear la vida y la resurrección en medio de la muerte.

Mirar, para acoger y condenar, guiados por los poemas de las Lamentaciones bíblicas, nos va a introducir en el segundo movimiento de esta propuesta: *acompañar para salir, para caminar, para gestar un éxodo a la vida.*

Acompañar para salir, para volver

*Los humildes y los pobres buscan agua,
pero no hay nada.
La lengua se les secó de sed
Yo Yhwh les responderé
Yo, Dios de Israel no los desampararé.
Abriré sobre los calveros arroyos
y en medio de las barrancas manantiales.
Convertiré el desierto en lagunas
y la tierra árida en hontanar de aguas.
Pondré en el desierto cedros,
acacias, arrayanes y olivares.
Pondré en la estepa el enebro,
el olmo y el ciprés a una,*

*de modo que todos vean y sepan
adviertan y consideren
que la mano de Yhwh ha hecho eso.*

*Qué hermosos son sobre los montes
los pies del mensajero
que anuncia la paz,
que trae buenas nuevas
que anuncia la salvación,
que dice a Sión:
Ya reina tu Dios...*

(Isaías, de los capítulos 41 y 52)

Las víctimas del desplazamiento deambulan por nuestras ciudades o sobreviven en refugios y albergues, sin que el horizonte de su vida se aclare para ellos, sin que tengan un rumbo definido hacia delante y sin que el conjunto de la sociedad y el Estado sepan tampoco muy bien cómo y hacia dónde enfrentar este problema. En medio de esta realidad de pérdida y desconcierto, ¿qué tipo de *buena noticia* puede anunciar a estos rostros concretos *el mensajero de la paz*? ¿Qué consuelo pueden recibir estos cuerpos, estas historias, estas vidas?

Estas mujeres y hombres participan en general del pesimismo y desconcierto que reina en el país respecto de las posibilidades de un futuro pleno de vida, en el cual no padezcamos la guerra, el saqueo, ni la injusticia. Las palabras de este profeta, discípulo de Isaías, animaron el desaliento de los desterrados en Babilonia y los ayudaron a generar la convicción de que el retorno era posible y necesario.

En este sentido, un acompañamiento a desplazadas y desplazados, debe estar iluminado por la convicción de que su *éxodo* ha de culminar en una transformación liberadora de su situación que les permita mejores condiciones de vida que las que tenían en el momento de su *salida*. Sólo ellos mismos, desde una capacidad profunda de lucha, pueden exigir el retorno y un nuevo asentamiento en su hábitat natural y en sus comunidades de origen. No es posible que los cuerpos de las víctimas del desplazamiento se conviertan poco a poco en cuerpos vulnerables, susceptibles de esos procesos malignos y cancerosos que genera nuestra sociedad y que terminan en la imagen de los y las que abominablemente llamamos *desechables*.

Por ello el acompañamiento pastoral, desde el momento mismo de la salida, debe estar orientado por la convicción del regreso que anima a Isaías, y debe alimentar la esperanza contra toda esperanza, según las palabras de Joan Chittister (2002):

Como dijo el filósofo: Si yo supiera que el mundo iba a acabarse mañana, plantaría un manzano hoy. En un mundo donde grupos enteros de personas están oprimidos y la autoridad justifica sus decisiones sobre la base de la mera autoridad o de una tradición que es más fabricada *ex proceso* que profética, la idea de *no permitir nunca que la destructividad del presente derrote a nuestro compromiso de alcanzar el ideal es esencial.*

El pueblo hebreo, a lo largo de su historia, realizó permanentemente un trabajo alrededor de su *memoria*, convirtiendo esa memoria en sagrada y en garantía de la protección de Dios sobre ellos. En este sentido, en medio de la huida, del dolor y del miedo, es imprescindible no desarraigarse del pasado, para sobre él construir un futuro que a la vez sea digno y reconciliado. No es posible ignorar el pasado; hacerlo es desconectarse de la causas y permitir la impunidad de quienes forzaron el desplazamiento. Tampoco es posible permanecer presos y paralizados en el pasado... Es necesario establecer una relación dialéctica entre pasado, presente y futuro, como la que proponen los profetas en el primer Testamento. Para ello se hace necesario un acompañamiento, pastoral, político y psicológico:

El individuo que no consigue completar el llamado periodo de duelo, que no logra admitir la realidad de su pérdida desligándose del doloroso impacto emocional que ha sufrido, que sigue viviendo su pasado en vez de integrarlo en el presente y que está dominado por el recuerdo sin poder controlarlo (y es con distintos grados, el caso de todos aquellos que han vivido en los campos de la muerte), es un individuo al que evidentemente hay que compadecer y ayudar: involuntariamente se condena a sí mismo a la angustia sin remedio, cuando no a la locura...

Una vez restablecido el pasado, la pregunta debe ser: *¿para qué puede servir, y con qué fin?* (Todorov, s/f)

En la lectura y acompañamiento teológico que proponemos, el pasado ha de llegar a entenderse en varios términos: un pasado más lejano como bendición, el pasado reciente como injusticia y la situación actual como *éxodo* hacia la vida y la liberación. Se trata de una presencia teológica que descubra las rutas de Dios en medio del dolor y la esperanza. El segundo Isaías con sus cantos de amor, de ternura y de impulso a un futuro de justicia y bendición, nos llama a trabajar la esperanza con los desplazados; esperanza

que se debe enraizar en la autoestima y la conciencia de una dignidad grupal inalienable.

Un reto –quizás el más importante– para nosotros y nosotras los cristianos es lograr que el desplazamiento sea un camino orientado a construir y mantener la comunidad. Hemos de intentar que las soluciones buscadas no sean soluciones individuales, sino grupales. Crear y estrechar los lazos comunitarios puede convertirse en garantía de una orientación no sólo hacia el retorno, sino hacia la vida nueva. Ello exige un trabajo pastoral muy concreto, atravesado por horizontes políticos y/o psicosociales... y *encarnado* y *amarrado* al Evangelio y a la vivencia de Dios como amor, compañía y ternura:

... donde unos pocos se encierran en su propia seguridad, donde el amor no libera energías escondidas y suscita *nuevos éxodos* y *nuevos adventos* de amor, allí no existe la comunidad y, si existe acaso el amor, pronto empieza a entristecer hasta morir. (Forte, 1990)

Para la comunidad creyente de los estratos populares el sentido de su dignidad, su autoestima, su horizonte de vida y esperanza... está íntimamente ligado a la certeza de que Dios las y los ama. Por ello la propuesta teológica para esta salida de muerte es un *acompañar* que sostenga esa esperanza y sea capaz de leer el amor de Dios, en medio de esa vida quebrada. Ligando esa vivencia del amor a la promesa de que Dios restaurará y propiciará el regreso, siempre y cuando ese regreso se entienda como la posibilidad de una nueva vida liberada y digna. La palabra de Isaías: *Yo Yhwh, les responderé*, será el horizonte de este éxodo.

Amar, para gestar y alumbrar la vida

*Vengan ustedes que han sido bendecidos,
porque ustedes cuando anduve forastero me alojaron.
Estuve sin ropa y ustedes me la dieron...*

(Mateo, 25, 34)

*Y al ver a la multitud, Jesús sintió compasión de ella,
porque estaba vejada y abatida, como ovejas
que no tienen pastor...*

(Mateo 9, 10, 36)

*Al anochecer, cuando ya se había
puesto el sol, llevaron todos los enfermos
a Jesús y el pueblo entero se reunió a la puerta.
Jesús sanó toda clase de enfermedades
a mucha gente...*

(Marcos 1, 32)

No es fácil hablar de una construcción teológica para y del desplazamiento, por cuanto el conjunto social no tiene una conciencia introyectada de que este problema que va en aumento en nuestras sociedades, nos compete a todas y todos:

Esta es la otra guerra detrás de la guerra. El país sigue huyendo y cada año que pasa sin resolver el conflicto armado representa un incremento del desplazamiento forzado con relación al anterior. Esta *diáspora permanente* afectó en el 2002 a una población estimada en 412.553 personas, es decir, un promedio de 1,14 por día, 20% más que el año inmediatamente anterior. Son alrededor de 85.511 hogares que se vieron obligados a abandonar territorios y espacios socioculturales, porque sus derechos fundamentales no fueron respetados ni protegidos.

El país ha contemplado desde 1985 el éxodo de 2.9 millones de colombianos y colombianas dentro de su propio territorio, sin que el Estado haya evitado su destierro ni aclarado la verdad de los hechos, impartido justicia a los responsables y, menos aún, reparado a las víctimas. (Plataforma, 2003)

Es importante entonces insistir de nuevo en el mirar. Cualquier propuesta teológica debe pasar por la insistencia de una solidaridad encarnada que tenga su base en que los cristianos y cristianas asumamos de alguna manera y en alguna medida la vivencia del desplazamiento. En este sentido me parece importante retomar la disponibilidad espiritual propuesta por Henry Nouwen:

Hemos de ver con más profundidad cómo el desplazamiento se convierte en un camino hacia la *comunidad compasiva*. A primera vista, el desplazamiento parece destructor (...). Sin embargo la comunidad como lugar de compasión, requiere siempre desplazamiento... como comunidad cristiana somos personas que hemos sido llamadas todas juntas fuera de nuestros lugares familiares hacia territorios desconocidos, fuera de nuestros lugares ordinarios y apropiados hacia otros lugares en los que la gente sufre y en los que podemos experimentar con ellas nuestra común fragilidad humana y nuestra necesidad de curación, compartida con ellas...

(...) en un mundo con tantos desplazamientos violentos y crueles, el llamado de Jesús al desplazamiento voluntario es muy contemporáneo. Obviamente no se trata de un llamado al comportamiento destructivo, sino de un llamado a la solidaridad con los millones de personas que viven destruidas. (Nouwen, 1996)

Desde el punto de vista evangélico resulta imprescindible esta *sintonización*, este intento de *comunión*, con los sentimientos y cuerpos concretos de las víctimas, mucho más cuando la situación de *exilio* y *refugio* se multiplica en la realidad sociopolítica actual. Sólo desde una vivencia en profundidad podremos aquilatar las dimensiones del desastre que padece Colombia:

El escalamiento de la confrontación no es únicamente militar, sino de los comportamientos políticos extremos, puestos en funcionamiento por todos los bandos.

La generalización del terror como arma de lucha de todos los ejércitos ha redefinido el campo de la violencia y penetrado todos los espacios de vida y confrontación. Tal como ha sido analizado por Pecaú, la racionalidad de la guerra ya no se basa en el enfrentamiento de los ejércitos, sino en el *ataque a las posibilidades de la vida como experiencia colectiva...*

Se van instalando así los contornos de la figura del campo de concentración allí donde haya sido declarado el estado de emergencia o donde simplemente se asista a una legislación permanente y, de hecho, de excepción. Muy poca diferencia hay entre los campos de refugiados de Palestina y los "albergues" de Bugá, Tuluá y Jamundí; o lo que acontece en la zona de rehabilitación de los Montes de María en la Costa Atlántica, en donde por ejemplo, en el municipio de San Jacinto, la población de todos los corregimientos ha sido desplazada como parte de la estrategia de los actores armados; o lo que ocurre en los municipios del Cauca, en donde los bombardeos y las hostilidades militares son asunto cotidiano.

Y así podríamos pasear la mirada por cada vez más numerosos territorios en donde el ordenamiento jurídico normal es rebasado por las contingencias de la confrontación, o donde las formas/Estado ilegales establecen regulaciones draconianas, *dejando para tiempos mejores sus promesas de redención para las masas*. (López, inédito)

Las dimensiones y la lógica del problema en Colombia nos llevan a pensar en que cada vez más se van a multiplicar los desplazamientos, los *albergues y/o campamentos* en campos o ciudades, así como las comunidades, personas y grupos en éxodo o deambulantes; y que aun cuando el retorno sea un horizonte necesario, muchas veces ese horizonte se alejará en el tiempo y en el espacio, a pesar de la lucha y de la resistencia. Por ello, mientras cantamos las palabras de Isaías, el mensajero de la paz, es necesario construir y reconstruir el tejido social y la vida en los pliegues de cada día.

Por tanto, en la vida de desplazamiento hay que intentar vivir la relación con el tiempo de manera más cabal y compleja de como la vivimos cotidianamente en nuestras sociedades modernas. Hay que vivir el tiempo en una doble dimensión y densidad: como expectativa exodal, pero simultá-

neamente como experiencia del *kairós*... No para quedarnos en ese instante, pero sí para iniciar la construcción del mañana en el hoy. Como plantea Agamben, la principal revolución que es necesario realizar en Occidente, es la relación con el tiempo y nuestra vivencia de él:

... la experiencia liberadora de un tiempo que no es algo objetivo y sustraído de nuestro control, sino que surge de la acción y decisión del hombre. Su modelo es el *kairós*, la coincidencia repentina e imprevista en que la decisión aprovecha la ocasión y *da cumplimiento a la vida en el instante*...

(Habría que...) sustituir la idea de la historia que se despliega a lo largo del tiempo lineal infinito, por la imagen paradójica de un estado de la historia, donde el acontecimiento fundamental siempre está sucediendo y *la meta no está lejana en el futuro, sino que ya está presente*. (Agamben, 2001: 151)

En términos de la tradición bíblico-teológica estaríamos en el tiempo del Qohelet (...*vive y disfruta la vida con la mujer que amas*...) y en general en el tiempo de la tradición sapiencial, en la que *la Sophia* de Dios habita el cotidiano. Estaríamos igualmente en un permanente estado de *kairós*, de paso de Dios, pero no como llegada, sino como éxodo, como camino. Es el arca de la alianza y la nube que caminan con nosotros y nosotras en estado de desplazamiento. Se trata entonces de un anuncio teológico dialéctico, sustentado permanentemente en un doble movimiento: sanación y anuncio.

Mientras vamos de camino, reconstruimos el tejido social y comunitario, en una tarea y acompañamiento, en la cual las entrañas de misericordia y la ternura de Dios se expresan a través de la misma reconstrucción, de sus horizontes y de las relaciones cotidianas en que se hace. Para que la vivencia de un nuevo tejido social sea atravesada por una experiencia religiosa que anuncie una nueva vida y realmente un nuevo orden simbólico, es necesario que la comunidad profundice en el misterio de Dios como *madre*. Para que desde la madre y no desde el padre, desde el amor y la compasión y no desde la ley, se tejan relaciones en una perspectiva diferente, resucitada. Elizabteh A. Johnson, en su reflexión sobre *La que es*, nos dice:

Teniendo en cuenta que son los cuerpos de las mujeres quienes llevan dentro, nutren y dan a luz nuevas personas, y que, tal como está estructurada tradicionalmente la sociedad son casi siempre las encargadas de la responsabilidad de alimentarlas y ayudar a que maduren, el lenguaje de Dios como madre, tiene una fuerza única para expresar la relación humana con el misterio que genera y se ocupa de todo. (Johnson, 2002)

Quiero señalar que en la construcción de un mapa sociopolítico que no desplace, sino que acoja, la experiencia religiosa del misterio en térmi-

nos maternas, abre el camino de otros horizontes más utópicos, más esperanzadores:

En el contexto patriarcal la metáfora de la maternidad apunta a una visión diferente. El lenguaje formulado a partir de este modelo femenino pretende explicar que el alumbramiento, la crianza, el deleite en el otro, el amor gratuito, la furiosa actitud protectora, la compasión, el perdón, el coraje, el servicio y el cuidado del débil y el vulnerable caracterizan a lo que nos circunda como misterio absoluto. La experiencia que tienen las madres de generar vida resulta una metáfora óptima para hablar de la graciosa Sophia-Dios de Jesús y de su Espíritu renovador del mundo. (Johnson, 2002)

Estos horizontes, inspirados en la práctica de la maternidad y en su vivencia y comprensión teológica, nos regalarían un mundo más abierto y reconciliado.

Igualmente es necesario mantener la conciencia de que la meta del retorno no puede perderse. La memoria, del pasado y del futuro ayudará a densificar el instante. Porque –como plantea Marta López– es imprescindible volver a la *matria*, la tierra, no sólo en cuanto nicho ecológico y cultural, sino en cuanto memoria simbólica e imaginaria. El camino del desplazamiento vivido como *kairós* bíblico ha de terminar en un abrazo de los cuerpos, en un abrazo con la *matria*, en una danza de vida sociopolítica de hermanas y hermanos. Porque *la gloria de Dios consiste en que la mujer y el hombre tengan vida en abundancia y sólo eso*.

BIBLIOGRAFÍA

- AGAMBEN, GIORGIO, *Infancia e historia*, Adriana Hidalgo Editora, Buenos Aires, 2001.
- AYALA, GLORIA; CUARTAS, GLORIA; CERREÑO, LAURA SOFÍA, *Procesos de restablecimiento con población desplazada*, Universidad Nacional / Red de Solidaridad Social, Bogotá, 2002.
- BACHELARD, GASTÓN, *La poética del espacio*, Breviarios del Fondo de Cultura Económica, México, 1965.
- CASTRO, JORGE ALBERTO Y GARCÍA, MAURICIO, *Porque era desplazado y me acogiste. Una aproximación teológico-pastoral al trabajo con los desplazados por la violencia*, Servicio Jesuita de Refugiados, Bogotá, 2001.
- CATALÁN BITRIÁN, JOSÉ LUIS, *La mirada y el miedo*, Texto en la WEB, del Instituto de Asistencia Sicológica, Ramón Llull.

- CHITTISTER, JOAN, *Odres nuevos*, Editorial Sal Terrae, Santander, 2002.
- DÍAZ SALAZAR, RAFAEL, *La izquierda y el cristianismo*, Editorial Taurus, Madrid, 1998.
- ECOMUJER, CORPORACIÓN, PLEGABLE *Las mujeres en resistencia activa contra el desplazamiento*, elaborado con el apoyo de UNIFEM y el Fondo Global para Mujeres.
- FORTE, BRUNO, *La teología como compañía, memoria y profecía*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 1990.
- FORTE, BRUNO, *Teología de la historia*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 1995.
- GEVARA, IVONNE, *El rostro oculto del mal, una teología desde la experiencia de las mujeres*, Editorial Trotta, Madrid, 2002.
- JOHNSON, ELIZABETH A., *La que es*, Editorial Herder, Barcelona, 2002.
- LÓPEZ, MARTA, *Tramas de resistencia*, Investigación del Grupo de Derechos Humanos de la ESAP, material inédito.
- NOUWEN, HENRY, *La compasión en la vida cotidiana*, Editorial Lumen, Buenos Aires, 1996.
- PLATAFORMA COLOMBIANA DE DERECHOS HUMANOS, DEMOCRACIA Y DESARROLLO, *El embrujo autoritario*, capítulo 12: "Desplazamiento", Bogotá, 2003.
- RAHNER, KARL, Entrada, "Teología", en *Sacramentum Mundi*, Enciclopedia Teológica, Editorial Herder, Barcelona, 1975.
- RUEDA BEDOYA, RAFAEL, "Desarrollo urbano y desplazamiento forzado por la violencia sociopolítica en Colombia", en, AAVV, *Desplazamiento forzado interno en Colombia: conflicto, paz y desarrollo*, Edición de ACNUR y COHDES, Bogotá, 2001.
- TODOROV, TZVETAN, *Los abusos de la memoria*, Editorial Piados – Asterisco (sin fecha).
- VEGA CANTOR, RENÁN, "Éxodo y nuevo desorden mundial: entre el *apartheid* tecnosocial y los nuevos muros de la infamia", en *Éxodo, patrimonio e identidad*, V Cátedra de Historia Ernesto Restrepo Tirado, Museo Nacional de Colombia, Bogotá, 2001.

